

En el Reino de la Confusión

LP. 633

por Sebastián Salazar Bondy

20/9/58, 88

Tiempo de confusiones éste, no hay orden de cosas en que conceptos calificativos y palabras no requieran de una previa definición. El mundo no está de acuerdo en muchos temas porque en cada boca los vocablos que designan ideas y hechos son idénticos sólo en apariencia. La interpretación varía y, por ende, varía toda la estructura teórica que reposa en ella. Signo de los tiempos, pues, la confusión: en la economía y en la ciencia, en la existencia práctica y en el arte. La educación tiende a especializar, a reducir a cada hombre a una parcela de la realidad. Todo lo que sobrepasa los límites de ese saber localizado es desconocido, lo cual no impide, sin embargo, que exista en cada individuo opinión sobre todo. Y he allí el problema: la libertad de juzgar es el fundamento de la democracia, pero casi nunca el juicio emana de un verdadero conocimiento de la índole de cada esencia y cada fenómeno. Lo que para un ingeniero es, por ejemplo, filosofía, no lo es, por cierto, para el filósofo, y lo que es política para un técnico —ya lo sabemos por experiencia—, no lo es para el político de oficio. Y así en todos los casos.

¿Qué es el arte?, preguntemos a las gentes. Las respuestas serán variadas. Para unos, arte será el último cuadro de Picasso; para otros, merecerá ese nombre cualquiera de las

estampas de Alberto Vargas. He aquí un testimonio vivo y actual de la confusión aludida. ¿Cómo pueden ser lo mismo lo que hace el gran creador español y lo que realiza el exitoso dibujante arequipeño? La expresión, entonces, designa cosas diferentes (diferentes no porque las formas que elaboran uno y otro difieran, sino porque el sentido de una y otra obra es opuesto) y se emplea sin rigor alguno. Porque, en el fondo, ¿qué quieren con su actividad éste y aquél? Se dirá: Quieren obtener la belleza, trasladando a una superficie plana líneas y colores. ¿Pero cuál de los dos obtiene la belleza, cuál de los dos hace arte? Para el cronista es el primero de ambos pintores el que está en el camino verdadero, en tanto el segundo ha reemplazado la finalidad estética por otra de índole muy distinta. Sin embargo, una muchedumbre, en el Perú y en los Estados Unidos, proclamará lo contrario. La muchedumbre de quienes no han sido formados artísticamente, la muchedumbre de quienes sólo están instruidos en lo que respecta a su especialidad.

Este conflicto, de orden artístico, no lleva la sangre hasta los ríos, pero ilustra bien sobre la confusión reinante y sobre el desacuerdo radical de nuestro tiempo. En la Edad

Media, en el Renacimiento, aun en los siglos más cercanos al nuestro, las palabras designaban conceptos claros y definidos. Servían para entenderse. Un zapatero, un estadista, un sacerdote, un campesino, no hubieran dudado ante la mencionada alternativa. Hubieran señalado a Picasso como el artista y a Vargas —si alguien semejante a él se pudiera haber dado— como otra cosa, porque el famoso cubista con todas sus singularidades trata de realizar el ideal de la pintura, es decir, la creación de una realidad poética, mágica, religiosa siempre. En tanto, para tales jueces, el inventor de las "Vargas's grills" procura sólo mostrar, con habilidad, pero sin majestad, un aspecto decorativo, por decir lo menos, de la mujer, no como forma ideal sino como presencia carnal, lo que no es propósito del artista ni del arte. Eso habría pasado hace cien, doscientos, trescientos años. Hoy no acontece así: los diarios dan cuenta de Vargas y sus figuras con prolijidad abrumadora, y en un salón público la multitud se apiña para contemplar esos cartones con rubias de redondeces agresivas. Y hasta gente sería pronuncia ante ellos frases que exceden la discreción.

Después de esta manifestación, ¿cómo se va a hacer para dirigir la sensibilidad general hacia las legítimas obras de arte? ¿Qué puede hacer la escuela para enseñar a comprender a los niños y a los jóvenes que Giotto, Goya, Van Gogh y Orozco son artistas, y no los autores de carteles que anuncian ropas de baño, bebidas gaseosas o jabones? ¿Qué método emplearán los museos para convencer a la mayoría que un huaco nasca, un lienzo cuzqueño, una acuarela de Pancho Fierro o un mural de Nuñez Ureta son arte, y no todo aquello que se asemeja a las vampiresas nudistas o semi-nudistas de Vargas, que consagra la prensa informativa? El reino de la confusión extiende sus dominios con la complaciente cooperación de quienes debieran trabajar por el orden y la verdad.